

Entrevista a José María Gironella

Rosa Eugenia MONTES DONCEL
Universidad de Extremadura

El 17 de octubre de 2001 José María Gironella tuvo la gentileza de concederme una entrevista que yo le había solicitado. Fundamentalmente buscaba informarme con vistas a un trabajo en que exploraba la aparición en la sedicente trilogía, luego convertida en tetralogía, de recursos literarios análogos a las características formales del movimiento plástico expresionista. La obra de Gironella, que yo sepa, nunca ha sido estudiada desde esta perspectiva; sí se ha catalogado de expresionista a Pío Baroja, que dejó una huella evidente en Gironella, pero el resultado de mi cotejo entre *La busca* y *Los cipreses creen en Dios* parece mostrar la presencia de un expresionismo más puro en el novelista catalán que en el vasco¹. Las manifestaciones explícitas del autor, en el sentido de que no hubo en él voluntad deliberada de servirse de mecanismos expresionistas (o al menos no los etiquetaba con tal nombre) creo no invalidan en absoluto la conclusión que infiero del análisis de sus textos. Antes bien confirman que la comunidad de intereses y temas en una época concreta y el advenimiento de una sensibilidad estética consecuente con estos no ha de obedecer necesariamente a contagio directo ni a relaciones demostrables, sino que constituye el reflejo del clima histórico, cultural e ideológico en que tales obras fermentaron.

El encuentro se produjo en el domicilio en Arenys de Mar de José María Gironella, a la sazón aún convaleciente de una embolia, y la mayor parte del tiempo estuvo también presente y participó la esposa del escritor, Magda Castañer.

José María Gironella nació en Darnius, provincia de Gerona, el 31 de diciembre de 1917, y falleció en Arenys de Mar, Barcelona, un año después de mi visita y muy pocos días más tarde de su aniversario, el 3 de enero de 2003. La entrevista que yo le hice debió de ser una de las últimas de su vida, y aunque mostraba una lucidez y memoria admirables en una persona de su edad y de sus circunstancias físicas, había sufrido, como se patentiza en sus respuestas, un evidente deterioro en su estado respecto a tres años antes, cuando Sánchez Dragó le dedicó un programa de *Negro sobre blanco* (5 de julio de 1998).

Gironella adjudicó a su personaje *alter ego* Ignacio Alvear, el protagonista de *Los cipreses creen en Dios* (1953) y de las tres continuaciones que esta tuvo (*Un millón de muertos*, aparecida en 1961; *Ha estallado la paz*, de 1966, y *Los hombres lloran solos*, que se publica en el 86) bastantes coyunturas y episodios por él vividos: la fecha de nacimiento, su paso por el seminario, trabajar en un Banco en su adolescencia o combatir con los nacionales en el Cuerpo de Esquiadores durante la Guerra Civil. El novelista reconoce haber acudido al venero de su experiencia vital también para el trazo de otras figuras de *Los cipreses*, y de ello tuvimos oportunidad de hablar. El éxito sin precedentes

¹ Esta investigación vio la luz bajo el título “El expresionismo pictórico y literario. El caso español en José María Gironella y su filiación barojiana” en el número 12 de *Moenia* (2006: 379-416).

obtenido con la publicación por la editorial Planeta de la primera entrega de la trilogía (éxito que se repitió con *Un millón de muertos*) permitió al autor, según sus propias palabras, “emanciparse económicamente”, y, siguiendo el consejo que le brindó Ortega y Gasset, convertirse en un viajero casi perpetuo. José María Gironella, autodidacta e inquieto incansable, es el único escritor español del siglo XX que ha vendido seis millones de ejemplares de una novela².

MOENIA: ¿Se considera un escritor expresionista?

José M^a GIRONELLA: ¿Expresionista? ¿Por qué? Eso creo que no me lo habían llamado nunca. ¿Qué ha de entenderse por expresionista?

M.: En los temas, interés por lo místico, por las psicosis defectuosas, por la incompreensión que siente el hombre respecto al caos del mundo; en el estilo, preferencia por un lenguaje descargado de artificios; en lo estructural a menudo abundancia de personajes en torno a uno central... En literatura española suele considerarse a Baroja el novelista más próximo a la estética expresionista nacida en Alemania, sobre todo por *La busca*, y bastante al comienzo de *Los cipreses* se admite la impronta de esta obra, pues era lectura que conmovió a Ignacio; también del patriarca Matías se dice que había leído a Baroja, y algún personaje es adjetivado como barojiano. ¿Hasta qué punto se vincula *Los cipreses* con *La busca*?

J. M. G.: Es cierto que entonces me admiró mucho *La busca*, pero luego dejó de gustarme. Creo que no es de lo mejor que escribió Baroja, ni mucho menos. Otras obras y los ensayos son mucho mejores.

[Con posterioridad a esta entrevista y ya fallecido el escritor, Magda Castañer me contó que en el año 47 ella conoció personalmente a Don Pío, a quien visitó durante una estancia en Madrid para pedirle que dedicara a su esposo un ejemplar de *Pequeños ensayos*, cosa a la que el novelista vasco accedió gustoso. Además, y a despecho de su fama de intratable, invitó a su joven visitante a tomar el té.]

M.: Permítame que le cite a los miembros más representativos del movimiento expresionista original y dígame si los conoce. ¿Los poetas Benn y Trakl, los dramaturgos Hasenclever, Kaiser o Sorge?

J. M. G.: No, no me suenan.

M.: Y de Remarque ya ha declarado en una ocasión que no era eso lo que quería hacer en *Los cipreses*, describir las trincheras... (aparte de que el de Remarque sería un expresionismo muy heterodoxo). He de admitir que esperaba su respuesta, puesto que estos escritores en su mayoría no fueron traducidos al español [algunos, como Hasenclever o Sorge, no han conocido aún que yo sepa los honores de una traducción a nuestro idioma], pero en cualquier caso debía comprobarlo. Usted además estuvo en Alemania y, previamente a su visita, había localizado allí su novela *La marea*.

J. M. G.: Una gran osadía de juventud... hablar de un país que jamás había pisado.

² Esto sin computar las versiones en otros idiomas, que arrojarían una cifra aproximada de dos millones más.

M.: Hablemos ahora un poco de sus viajes, ¿qué es lo que más le ha interesado de lo que ha visto?

J. M. G.: Lo que más me ha impresionado, el Japón; lo que más me ha emocionado, la India; lo que más me ha gustado, Viena. De Viena me gustó todo, la comida, las costumbres, la elegancia de las mujeres. También Finlandia. En Italia hemos pasado bastante tiempo. Y soy un enamorado de Oriente, mucho más que de Occidente. Oriente nunca tiene prisa.

Magda CASTAÑER: Camboya... y las vietnamitas, la elegancia de las vietnamitas.

J. M. G.: Ah, sí, el kimono. Ninguna mujer occidental puede llevarlo como las orientales.

M. C.: Yo lo probé: me quedaba fatal.

J. M. G.: A Magda no le interesó tanto. Yo en Oriente me siento en mi casa. Sobre todo me fascina el pensamiento de figuras como Confucio o Zoroastro. Son gigantes. Allí hablaban del átomo cuatro mil años antes de Cristo. Profetas en la búsqueda del camino.

M.: Enlazando con eso, cítame filósofos y escritores que le hayan marcado. Primero filósofos.

J. M. G.: ¿Extranjeros?

M.: Extranjeros o españoles.

J. M. G.: No sé. Mi cultura es bastante francesa. Estuvimos cuatro años allá, pude vivir el ambiente y conocí entre otros a Camus. Quería tener distanciamiento, incluso espacial, para escribir mi novela. Había allí también muchos españoles, como Javier Marsé, que informó muy positivamente de *Los cipreses* a la editorial Plon. La novela se publicó en Francia antes que en España. Los franceses, sin tener autores cumbre como Shakespeare o Cervantes, tienen una clase media de narradores y de pensadores impresionante. Por ejemplo Romain.

M.: Una clase media muy acomodada...

J. M. G.: Siempre me he preguntado qué será mejor, si una clase media de esas, una cosecha como esa, o tener autores cumbre y luego el yermo alrededor. No tienen un Goya o un Beethoven, pero tienen esas docenas de pintores interesantes, y de músicos también.

M. C.: Bueno, aquí tenemos un Goya y un Velázquez y después otros, que son esa clase media.

J. M. G. (riendo): Aquí lo tenemos todo...

M.: ¿Qué pintores prefiere?

J. M. G.: Tengo que pensar un poco. Los de siempre, Goya, Velázquez... a mí el arte me interesa mucho... y especialmente El Greco, aunque la última vez que visité El Prado El Greco no me gustó tanto como la primera vez. Me pareció tétrico. Brueghel, los franceses...

M. C.: El Bosco.

J. M. G.: La verdad es que El Bosco cae simpático.

M.: ¿Del xx? ¿Kandinsky o Klee, por ejemplo?

J. M. G. (con énfasis): Kandinsky me llamó mucho la atención. Klee menos.

M. C.: De Kandinsky vimos una cosa en Nueva York que era una maravilla. De Tàpies nada.

J. M. G.: En Oriente hay una pintura abstracta mucho mejor que la de aquí. Y aquí Picasso.

M. C.: Si te da tiempo, ve a ver el Museo de Picasso en Barcelona. Merece la pena no solo por las obras, sino por el palacio donde está ubicado.

M.: ¿Y pintores alemanes expresionistas? ¿Kirchner, Marc, Beckmann?

J. M. G.: De nombre no me suenan.

M.: ¿Ensor, Nolde... o Munch, que era nórdico?

M. C.: *El grito*. No especialmente. No acabo de entender nunca que aquello pueda tener tanta repercusión. Es muy raro: si veo *Los fusilamientos del 2 de mayo* de Goya me impresiono muchísimo más.

J. M. G.: Y Dalí, por supuesto, un monstruo.

M.: Cambiemos de tercio. Dejo aparte a Baroja, que ya me han dicho que no les gustó *La busca*, y lo digo en plural, puesto que a usted tampoco le gusta [a M. C.], y eso a pesar de que *Los cipreses* ejercita una técnica de presentación de personajes bastante próxima a la barojiana. Hábleme de Valle-Inclán.

J. M. G.: No me gusta demasiado. No me entra Valle-Inclán. Es un estilista que se anda por las ramas. Tiene una fuerza poética impresionante, puede ser un escritor excelente, pero me cansa mucho.

M.: Me refería más al Valle-Inclán dramaturgo, al del esperpento y de las *Comedias bárbaras* antes que al modernista.

J. M. G.: Unamuno mucho más.

M.: ¿Unamuno novelista?

J. M. G.: No, no: el ensayista, el pensador.

M.: ¿Quién más?

J. M. G.: He pasado muchas épocas. Recuerdo un tiempo en que me harté de leer Ortega, Ortega y Ortega, y cada vez me gustaba más.

M.: Y además lo conocí.

J. M. G.: Fue quien me impulsó mucho a viajar. Publiqué *La marea*, mi segunda novela (la primera fue *Un hombre*) en la *Revista de Occidente*. La leyó [Ortega] y me recomendó viajar mucho. Me dijo que era un narrador nato y me aconsejó: “Viaja mucho, más que leer”. Me impresionó su humanidad. Otros dicen que era distante; conmigo no lo fue.

M.: Hábleme de Nietzsche y Schopenhauer.

J. M. G.: No los he leído mucho.

M.: ¿Y narradores, no ya filósofos, a los que admire?

J. M. G.: Yo tengo dos maestros: uno es Giovanni Papini, el pensador italiano, ahora casi desconocido, al que no se apreciaba ni siquiera en Florencia; y Chesterton, el inglés, el filósofo inglés.

M. C.: Tras la publicación de *Muerte y juicio de Giovanni Papini* la hija de Papini nos invitó a visitarla en Florencia. La hija y la nieta de Papini nos llevaron a ver su tumba y a visitar Fiesola, donde según nos dijeron había escrito gran parte de su trabajos. Fue una visita muy emotiva... y también Dostoievski.

J. M. G.: Los rusos. Me interesaron mucho, pero ahora han dejado de interesarme. Tengo ochenta y cuatro años: se pasa la época. Con treinta y tantos años me tragué todos los rusos, pero luego posteriormente apenas los he leído. Recuerdo que me impresionó mucho Gorki.

M.: Además se suicidó a medias y no lo consiguió. Eso a usted sin duda le atraería. ¿Qué obra leyó en concreto de Gorki? ¿*La madre*?

J. M. G.: *La madre*, por supuesto. Y Gogol, que era una especie de vagabundo, que iba solo recorriendo las iglesias patrias, una especie de místico. Y Tolstoi.

M.: ¿Qué novelas de Tolstoi?

J. M. G.: Dicen que yo me inspiré en *Guerra y paz* cuando escribí *Los cipreses*, pero entonces yo todavía no había leído *Guerra y paz*, así que evidentemente no es así.

M. C.: Yo la había leído, pero tú no.

M.: ¿Y qué opinó cuando la leyó?

J. M. G.: Me pareció que había demasiado “amor”, muchas escenas de amor.

M.: A mí nunca se me hubiera ocurrido esa asociación. Técnicamente en *Guerra y paz* hay muchísimas digresiones y usted es la anti-digresión.

J. M. G.: Ah, sí, je, je, eso es cierto. No es verdad que yo imitara *Guerra y paz*. No recuerdo ya muchas cosas que leí de Tolstoi, pero tengo un libro aquí muy original, que es el epistolario de Tolstoi y Gandhi, y leyendo aquello me emocioné más que leyendo ninguno de sus libros. Un gran pensador.

M.: ¿Le gustó *Resurrección*?

J. M. G.: Sí.

M.: ¿Más que *Guerra y paz*?

J. M. G.: No, más que *Guerra y paz* no.

M.: ¿Y de Dostoievski?

J. M. G.: De Dostoievski el *Diario íntimo*. Me atrajo bastante más que sus novelas. Es que yo soy bastante alérgico a las novelas. Hay muy pocas que me gusten; se me caen de las manos. Me impresionan el pensamiento, los libros de viajes y las biografías, por ejemplo. Me cansan las novelas.

M.: Esta declaración choca viniendo de un “narrador nato”, del novelista español más vendido del siglo XX, pero no constituye un caso aislado. Borges leía mucha más filosofía e historia que literatura. ¿Y cuáles figuran entre las pocas novelas que le gustan?

J. M. G.: Puf, es difícil... déjame pensar... con tantas como uno ha leído.

M.: A pesar de que pocas le gustan.

J. M. G.: Las de Graham Greene, por ejemplo.

M.: Eso en cambio sí que no me sorprende. Al margen de compartir la preocupación religiosa, siempre he pensado que ejecutan el mismo tipo de estrategia de extrañamiento con el comportamiento de los personajes.

J. M. G.: ¿Ah, sí, de verdad? Qué interesante.

M. C.: O Stefan Zweig.

J. M. G.: Extraordinario.

M.: Sí, hoy revisitado tras un periodo de cierto ostracismo... aunque precisamente es también autor de biografías. Y otro suicida.

J. M. G.: Me llamó la atención la autora de *Viento del Este, viento del Oeste*...

M.: Pearl S. Buck...

J. M. G.: Y Mauriac, Alberto Moravia. Por otra parte, los cuatro años de París nos marcaron para siempre. Martin du Gard. La formación cultural mía, y de Magda también, es francesa.

M. C.: En aquella casa en que vivíamos no había más que franceses. Yo sabía más de Historia francesa que de la de España.

M.: Dejemos sus fuentes y centrémonos en su *modus scribendi*. En *El autor enjuicia su obra*³ decía usted que huye (o huía entonces) de la técnica del contrapunto y de la objetividad, si bien abogaba por el distanciamiento.

³

Madrid: Editora Nacional, 1966, 63-75.

J. M. G.: ¿Qué significa contrapunto?

M.: Supongo que crear nexos que vinculen en cierta manera a algunos de los muchos personajes que pueblan la obra, quiero decir, a personajes que no pertenezcan al mismo grupo ni estén unidos en principio por lazos evidentes de familia, trabajo o amistad.

J. M. G. (con énfasis): En ese sentido, para mí el concepto fundamental a la hora de escribir una novela es el de “estructuración”. Hay que trabajar siguiendo un orden, por grupos, o si no es un caos. Clasificaba en carpetas los diferentes temas que iba a tratar.

M.: ¿Considera que el narrador de *Los cipreses* era objetivo o enjuiciaba?

J. M. G.: Objetivo.

M.: Y en cuanto al objetivismo ¿acaso no intentó nunca narrar como cámara cinematográfica, a la manera hemingwayana, limitándose a registrar hechos y sin sumergirse en las mentes de sus criaturas ni emitir juicios de valor?

J. M. G.: Tal vez un poco sí.

M.: Eso pensaba yo, aunque usted declaraba que no, que “a base de objetividad y contrapunto ni Balzac ni Tolstoi se hubieran ganado un puesto en el corazón de los hombres”. Pero pasemos al aspecto de la elocución, en el cual parece muy meticuloso. ¿No le generó problemas el bilingüismo? ¿En su ambiente familiar y cotidiano hablaban catalán o español?

M. C.: Catalán.

J. M. G.: De mí he leído que gramaticalmente mi prosa suena como catalán traducido al castellano. Como ya he contado muchas veces, yo, mis primeras poesías, dedicadas a mi madre, las escribí en catalán, idioma que se presta muy bien al verso porque es muy monosilábico. Pero en catalán cometo muchísimas faltas de ortografía.

M.: ¿Los nombres de la novela están, por así decirlo, traducidos? ¿Lo corriente era usar las formas catalanas? Qué se yo, en el caso de Jorge de Batlle o Mosén Alberto, por ejemplo.

J. M. G.: Sí, claro; Jordi o Albert sería lo corriente.

M.: Vamos a los personajes de la trilogía y al retrato de la ciudad de Gerona. Utiliza como marco de su ficción un espacio concreto, que no enmascara con otro nombre y que conoce muy bien (es decir, se conduce a este respecto de manera muy distinta a la apreciable en sus primerizas *Un hombre* y *La marea*, que desarrolló en sendos paisajes entonces inéditos para usted, Irlanda y Alemania respectivamente). Cita, alude o describe repetidamente algunos de los elementos gerundenses más emblemáticos, como la catedral con su larga escalinata, la iglesia de San Félix, la Dehesa, la Rambla o la calle de la Barca. ¿Por qué nunca las conocidas ruinas de la torre llamada Gironella?

J. M. G.: Je, je. Por modestia elemental.

M.: Las evidentes concomitancias entre su protagonista Ignacio y sus propias vivencias de juventud son notorias, por ejemplo la famosa anécdota de que en sus tiempos de botones de Banco tenía que verter serrín sobre el suelo mojado cuando entraban los clientes ricos, detalle que usted siempre recuerda. Pero también hay divergencias: Ignacio llegó a disparar a alguien, usted siempre ha sostenido que no. ¿Cómo fue la guerra de Gironella en Gerona?

M. C.: Yo cuando me preguntan cómo fue la guerra aquí siempre respondo con tres palabras: miedo, hambre y frío.

J. M. G.: En Gerona los del Frente Popular mataron a todos los propietarios, a todos los religiosos y a todos los falangistas..., y cuando se les acabaron, fueron a por todos los jóvenes de Acción Católica. A mí me ayudó a escapar un primo anarquista que tenía.

M.: El modelo de José Alvear. La visión que ofrece de los anarquistas resulta mucho menos negativa que la de los comunistas, e incluso algunos (De La Cierva) la han tachado de idealizada.

J. M. G.: Yo los llamaba “asesinos sentimentales”. A un anarquista se le podía conmover a veces; a un comunista nunca: eran cuadriculados, inamovibles.

M.: Al margen del caso de Ignacio, y de los personajes históricos que integra en la novela (sobre todo en *Un millón*), ¿se inspiró en tipos locales para la creación de su universo ficticio?

J. M. G.: Sí, muchos de ellos. El Responsable era un individuo real. El jefe de la F.A.I. en Gerona era un tipo impresionante, tal como yo describo a El Responsable. Carmen Elgazu es mi madre, y Matías Alvear mi padre. Mi padre fue quien ayudó a escapar en tren al obispo de Gerona. Y Jorge de Batlle recrea el caso de un muchacho al que conocí, al que le mataron doce familiares.

M.: El de Gerona fue precisamente uno de los obispos de la zona roja que lograron huir de la persecución; sin embargo a su trasunto el obispo ficticio de *Los cipreses* sí lo hace asesinar, supongo que como símbolo de lo que fue la situación más frecuente en una “provincia roja”. Vayamos a la caracterización de los personajes mediante el rasgo o grupo pequeño de rasgos llamativos que lo definen y que a menudo se reiteran, a la manera de epítetos épicos, ya se trate de una actitud, una idea fija, una prenda de ropa o un atributo fisiónómico: el gesto de Julio de acariciar a su tortuga Berta, la premonición que tiene el coronel Muñoz de que morirá en la guerra, los brazaletes tintineantes de Doña Amparo Campo, el cinturón de cuero de Cosme Vila, las mandíbulas enérgicas de Mosén Francisco. ¿Tienen siempre una explicación? ¿En virtud de qué razón elegía estos temas? Por ejemplo, ¿por qué levantaba el hombro izquierdo el comandante Martínez de Soria?

J. M. G.: Simplemente porque el militar sublevado en que me inspiré tenía esa costumbre.

M.: Una curiosidad. ¿Por qué castiga a Marta y hace que Ignacio la abandone en *Ha estallado la paz*?

J. M. G.: Fue un castigo a los falangistas. No me caían bien porque carecían de sentido del humor.

M.: En el prólogo de *Un millón de muertos* explica que escogió este nombre, aunque los muertos en la contienda fueron menos de la mitad, por entender que cada español que mató fue también un muerto simbólico. Y para terminar, una pregunta que sin duda le han formulado muchas veces. ¿Cuál es el significado del título de la primera parte? ¿Qué significa ese sugerente “los cipreses creen en Dios”?

J. M. G.: No lo sé. Se me ocurrió y pensé que era el título justo. No tiene una explicación.